

## **LA CRISIS Y LAS CRISIS OCULTAS.**

### **Padre Pedro José Ynaraja**

Con cualquier persona que te relaciones, sea con quien sea, en un momento u otro sale a relucir la crisis que sufrimos. La crisis sin más, que, evidentemente, nadie duda que es de orden económico. Empezaron los medios hablando de la “burbuja inmobiliaria”, continuaron con crisis bancarias y empresariales, etc. Grandes industrias y proveedores la sufren. Todos, de una manera u otra, estamos implicados y sufrimos consecuencias adversas. Aunque no sea más que notar el escozor de no poder ayudar a quien necesita hoy ayuda, porque sabes que mañana acudirá otro al que no puedes ignorar.

Si el problema es notoria realidad, lo que sorprende a los que no estábamos en el ajo, es enterarnos de que la cosa viene de antiguo. Satisfaciendo egoístas intereses o buscando prestigio, político o personal, se ha ido fraguando la cosa y ya no sabe uno en que terreno encontrará trigo limpio. Y si pregunta a los que cree son entendidos, nadie sabe darte una respuesta respecto a cuando acabará la crisis. Y mientras tanto, el problema de pagar el alquiler del piso, la corriente eléctrica, el agua o la imprescindible comida diaria, va siendo dolorosa experiencia de gente cada vez más próxima.

Personalmente, la primera y elemental decisión que tomo, es exigirme mayor austeridad. Algo más podré ayudar físicamente pero sé que mi gesto comprometido en presencia de Dios, mejorará algo, en amplios y diversos sentidos, de nuestra degradada actualidad.

Saber lo que es dinero, me parece que es más difícil que entender el misterio de la Santísima Trinidad. Soy de aquellos que de pequeño me contaban que para evitar el peso, el banco Nacional Central, guardaba en su cámara acorazada, lingotes de oro e imprimía aquellos papeles de valor equivalente y fáciles de llevar. ¡pobre e ingenuo de mí!. Pese a no tener ni idea de qué es el dinero, recuerdo la definición que le daba aquel ogro místico que se llamaba León Bloy: dinero es la sangre del pobre.

Confieso que llevo en el bolsillo la imprescindible pieza que me permitirá utilizar el carrito del Hipermercado y la tarjeta de crédito. En estas circunstancias no me pregunto si tengo dinero, interrogante que me puede deslizar a compras inútiles e injustas. La pregunta que me hago siempre es ¿gastarme dinero, que seguramente tengo, es proceder cristiano? Vaya un ejemplo. Hace años, a mi ministerio esencialmente sacerdotal añadía el de profesor de religión, oficio que para un célibe como yo, resulta muy bien remunerado. Resultó que a los grandes procesadores, aquellos de las tarjetas perforadas y redes de núcleos magnéticos, le sucedieron los PC y los Mac. Su precio, pese a ser elevado, estaba a mi alcance. Pregunté una y otra vez ¿es cristiano que me compre un ordenador? La respuesta en aquellos tiempos era siempre la misma: si te lo planteas así, sinceramente, no.

Hasta aquí mi comportamiento personal que, vuelvo a repetir, consiste en la ayuda, sea mediante instituciones o sea directamente a personas que pasan necesidad y sé que no me engañan, al que añado mi régimen de vida que procuro sea austero, sin que llegue a pasar hambre. Alguien me ha dicho que un signo de aburguesamiento es tener coche, a lo que de inmediato he respondido que no, que si no lo tuviera debería solicitar que me recogieran en

casa o alquilar un taxi, para poder acudir a celebrar misa, teniendo en cuenta que alguno de los lugares dista del otro 23 Km.

Pero hay otra crisis y que es de la que quería hablar, pero que deberé dejarlo para la próxima semana. Se trata de la inseguridad espiritual, tanto anímica como religiosa, de mayor peligrosidad.